

Tejiendo redes de historia. Carlos Forcadell en la Historia Contemporánea

Weaving the networks of history. Carlos Forcadell in Contemporary History

Carmen FRÍAS CORREDOR

Universidad de Zaragoza
cfrias@unizar.es

Pedro RÚJULA LÓPEZ

Universidad de Zaragoza
rujula@unizar.es

Alberto SABIO ALCUTÉN

Universidad de Zaragoza
asabio@unizar.es

Resumen: La reciente jubilación, y el paso a la condición de profesor emérito, de Carlos Forcadell Álvarez, catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad de Zaragoza, proporciona la oportunidad para hacer un repaso de su trayectoria como historiador. El artículo concentra su atención sobre tres de sus facetas más destacadas. La primera de ellas, su condición de docente y de director de investigaciones. La segunda, su trabajo en campos tan diversos como la historia social, la historia de Aragón, la historia económica o la historia de la historiografía. Finalmente, su condición de gestor con capacidad para formar equipos de trabajo y desarrollar proyectos. En definitiva, un intento de establecer las líneas maestras en la actividad de un historiador clave para el desarrollo del contemporaneísmo español actual.

Palabras clave: Historia de la historiografía; Historia económica; Historia social; Universidad; sociabilidad cultural.

Sumario: I. DEL AULA A LA CÁTEDRA. II. EL EJERCICIO DE CÁTEDRA: LA HISTORIA AGRARIA. III. LA AMPLIACIÓN DEL CAMPO DE EXPERIENCIA Y LA HISTORIA LOCAL. IV. DE «ANDALANES» Y COMPROMISOS. V. DOCENCIA Y ACADEMIA. VI. LAS REDES QUE CONSTRUYEN LA HISTORIA: TESIS, ASOCIACIONISMO PROFESIONAL E INSTITUCIONES DE CULTURA. 1. Un proyecto doctoral. 2. Asociacionismo profesional: la Asociación de Historia Contemporánea. 3. Gestión cultural: la Institución Fernando el Católico. DESPUÉS DE TODO.

Abstract: This special issue is published to mark the recent retirement of Carlos Forcadell Álvarez, former Professor of Contemporary History at the University of Zaragoza and newly entitled Professor Emeritus. This article brings the opportunity to outline his professional career as a historian. This work focuses on three of his most prominent facets. The first one highlights his development as Professor and Research Director. The second one underlines his work on diverse fields such as social history, history of Aragon, economic history or historiography history. And the third one stresses on his managing capability, his ability to form research teams and develop projects. Ultimately, an attempt which's aim is to establish the main professional activity of a key historian for the development of the contemporary heritage in Spain nowadays.

Keywords: Historiography History; Economic History; Social History; University; cultural sociability.

El pasado 26 de marzo Carlos Forcadell cumplía setenta años. Cuatro meses después, a fines de junio, impartía su última clase como catedrático en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Zaragoza, en un aula en la que, para su sorpresa, los pupitres no estaban ocupados solo por sus alumnos, sino por colegas y becarios del Departamento de Historia Moderna y Contemporánea que quisimos con aquel pequeño gesto, solo aparentemente pequeño, resumir y mostrar reconocimiento a una larga y fecunda trayectoria académica e investigadora, a través y a lo largo de la cual la convivencia y el encuentro diario acabarían por generar a la par no pocos, y sobre todo, sólidos afectos y amistades. Para quienes firman estas líneas fue también, confesamos, un particular viaje a nuestros recuerdos y memoria; a los de aquel tiempo de la década de los ochenta en el que, tan jóvenes entonces como los rostros entre los que nos mezclamos, la huella de su magisterio fue tan profunda que primero nos acabó decantando definitivamente por la Historia Contemporánea, y segundo y posteriormente condujo a buscar su apoyo para la realización de nuestras tesis doctorales, que dirigió. Su jubilación y su paso a la condición de profesor emérito nos brindan ahora la oportunidad de repasar, de forma un tanto caprichosa y bastante aleatoria, tanto su vida profesional como la significación de su dilatada trayectoria como historiador y como docente.

Defender la coherencia de una trayectoria académica suele acompañarse del dibujo de un recorrido lineal supuestamente ascendente, hasta llegar a los logros finales conseguidos, como si todos los actos previos tuviesen una racionalidad retrospectiva y un sentido en función del colofón y del punto de llegada. Tenemos dudas de que ese enfoque sea la mejor opción porque, como historiadores, no sabemos si aplicaríamos este tipo de análisis para estudiar a un individuo del pasado. Las aportaciones de Carlos Forcadell ensayan variadas fórmulas y utilizan distintas perspectivas, unas veces centrándose en lo económico, las más en lo social, lo cultural o lo político; hacen gala de una diversidad sobrevenida y de un saber enciclopédico, no tanto de un recorrido lineal concienzudamente predeterminado desde el principio.

Siempre ha entendido Forcadell la labor profesional como la suma de esfuerzos individuales y de redes de relaciones que la refuerzan, de ahí que buena parte de su investigación la haya emprendido y desarrollado en el marco de asociaciones de historiadores (Sociedad Española de Historia Agraria, Asociación de Historia Contemporánea, Historia Social, etc.) que han nutrido su identidad como «autor» y su devenir profesional. Ya Lucien Febvre confesaba, en uno de sus *Combates por la Historia*, que «cuando el oficio que se ha elegido es un oficio intelectual resulta abominable dividir la vida en dos partes, una dedicada al oficio que se desempeña sin amar y la otra reservada a la satisfacción de necesidades profundas».

I. Del aula a la cátedra

Nacido en Zaragoza en 1946, Carlos Forcadell se licenció en Historia por la Universidad de Zaragoza en 1969, obteniendo el Premio Extraordinario de Licenciatura correspondiente a la Sección de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Tras su licenciatura, entre 1969 y 1971, fue profesor ayudante de clases prácticas en el Departamento de Historia Contemporánea, y de enseñanza media hasta 1972, año en el que obtuvo una beca del gobierno alemán que le brindaría la oportunidad de completar sus estudios y formación en la Universidad de Heidelberg durante dos cursos académicos, a lo largo de los cuales asistió a las clases del Historisches Seminar, investigó en el Institut für Sozial und Wirtschaftsgeschichte e impartió docencia de Lengua y Cultura españolas como profesor asistente en el Dolmetscher Institut.

A su vuelta a España en 1974, impartió docencia en el Instituto de Ciencias de la Educación de la Universidad de País Vasco durante un año, tras el cual se incorporó a la recién creada Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales de la Universidad de Zaragoza, ejerciendo como profesor titular interino de Historia Económica. Tres años después, en 1977, defendió su tesis doctoral sobre «El movimiento obrero español durante la Gran Guerra», por la que obtuvo Premio Extraordinario de Doctorado. En 1981 accede por oposición a una plaza de profesor titular de Historia Contemporánea en la Universidad del País Vasco, desde la que, por concurso de traslado, regresa al año siguiente al Departamento de Historia Moderna y Contemporánea de la Facultad de Filosofía y Letras de Zaragoza –al que ya se había incorporado Juan José Carreras, director del mismo desde 1981–, y en el que ha venido desempeñando la profesión desde entonces.

La trayectoria de Carlos Forcadell, como se desprende de las anteriores líneas, arranca de los convulsos años del tardofranquismo y del particular y concreto contexto de agitación antifranquista y fuerte ideologización vivido por el país en aquellos años. Mientras se encontraba en su segundo curso de Licenciatura, las aulas y la vida universitaria asistían a la disolución del SEU, la cual corría paralela al crecimiento del activismo estudiantil, las detenciones de intelectuales de izquierda, y las expulsiones tanto de profesores no numerarios como de catedráticos entre las que se contaron, entre otras, las de José Luis López Aranguren, Enrique Tierno Galván, Agustín García Calvo, Santiago Montero Díaz, Mariano Aguilar Navarro... que no sirvieron para impedir, a inicios de la primavera de 1966, el encierro de la Capuchinada en Barcelona y la redacción del «Manifiesto por una Universidad democrática», si bien se saldaron con más expulsiones (Jordi Solé Tura, Josep Termes, Josep Fontana, Miquel Izard, Isidre Molas, Joaquim Nadal...). A fines de enero de 1969, el curso académico en el

que Carlos Forcadell finalizaba su Licenciatura, el país asistía a la declaración del estado de excepción y a la consiguiente política represiva preventiva con la ocupación policial de las facultades, sin conseguir sepultar entre las jóvenes promociones de historiadores la crítica y rechazo a la pobreza y sordidez del mundo académico vigente, al inmovilismo de viejos catedráticos y al servilismo de un nutrido número de adjuntos y agregados¹. Las transformaciones sociales y la bonanza económica de los sesenta habían venido obligando a cambios en la institución por una doble vía, directa e íntimamente relacionada: el aumento de matrículas y el obligado crecimiento de puestos docentes que, de momento y no obstante, no significaría ni se traduciría en una modificación sustantiva de la composición de los departamentos, la cual tardaría todavía en llegar. El paso de Carlos Forcadell por el Departamento de Historia Contemporánea durante los dos años que transcurrieron tras finalizar su Licenciatura en 1969 apunta a las sombras de aquellos tiempos difíciles y convulsos, que se cerraron con su expulsión de la Universidad en 1971. La beca del gobierno alemán en 1972 le llevaría a Heidelberg, la misma universidad en la que Juan José Carreras había completado su formación desde 1954 y a lo largo de once años.

Al tiempo, en esa nueva década que se iniciaba, al otro lado de los Pirineos, en la vecina Francia, se sumaría a los Coloquios de Pau, los cuales, a iniciativa de Manuel Tuñón de Lara, resumían el empeño de elaborar una historia contemporánea de España sobre una base crítica y científica, resultando el mejor reflejo de la renovación historiográfica durante el tardofranquismo y la Transición. Mientras tanto, el mundo universitario español se hallaba en plena ebullición. Estudiantes y profesores que no eran más que meros auxiliares subordinados a catedráticos con fama de retrógrados ponían en cuestión las bases sobre las que se asentaba el poder de estos últimos².

Fue en ese contexto en el que Carlos Forcadell se comprometió con la puesta en marcha, junto a un reducido grupo de penenes y agregados, de un proyecto, esta vez periodístico, que, representando «la más interesante empresa realizada en Aragón por promover una visión polémica del pasado»³, contribuiría a minar

1. Ignacio Peiró Martín, *Historiadores en España. Historia de la Historia y memoria de la profesión*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2013, p. 76 y ss.

2. Jesús Longares, *Carlos Corona Baratech en la Universidad y en la Historiografía de su tiempo*, Zaragoza, Facultad de Filosofía y Letras y Departamento de Historia Moderna y Contemporánea de la Universidad de Zaragoza, 1987, p. xv-xvii.

3. Ignacio Peiró Martín, «La historia de un periódico o los combates por el estudio del pasado en Aragón», en Carlos Forcadell (coord.), *Andalán 1972-1987. Los espejos de la memoria*, Zaragoza, Ibercaja, 1997, p. 179.

los cimientos sobre los que asentaba el poder de los catedráticos de Historia de la Facultad de Letras de Zaragoza: *Andalán*. Como señala Ignacio Peiró, no fue casualidad que en *Andalán* convergiera un grupo reducido de historiadores «unidos por el interés de esbozar un auténtico programa de investigación para el estudio del pasado regional, la interpretación general de la historia y el desarrollo de conocimiento histórico»⁴. La consciencia de la necesidad de dar publicidad a las investigaciones realizadas por historiadores españoles y europeos que estaban renovando la historiografía fue una de las señas de identidad de *Andalán*. Precisamente y en este sentido, la primera referencia a Manuel Tuñón de Lara vendría recogida de la pluma de A. Checa, seudónimo de Carlos Forcadell⁵, quien se convertiría en el más activo divulgador de una historia social focalizada en el movimiento obrero e ignorada por la historiografía oficial, así como de los encuentros habidos en la capital bearnesa de Pau. En aquel ecuador de los setenta, años de la recepción en España del materialismo histórico y de la historiografía marxista, su contribución, como la de Juan José Carreras Ares, a la difusión de obras y teóricos del marxismo desde las páginas de *Andalán*, no fue menor.

Paralelamente y de puertas para adentro, durante el primer lustro de los setenta se empezaban a dejar notar igualmente los efectos de la renovación historiográfica. A la publicación, entre otros, del estudio de Josep Fontana sobre la crisis del Antiguo Régimen y a la iniciativa dirigida por Miguel Artola de la Historia de España de la editorial Alfaguara, se sumaba en 1972 la contribución del propio Manuel Tuñón de Lara sobre el movimiento obrero, con un texto en dos volúmenes al que cabe atribuir carácter fundacional de la historia de la clase trabajadora española. Retomando la tradición de historia obrera y socialista de Núñez de Arenas, Ramos Oliveira o Bruguera, era una dirección que apuntaba al papel de la clase obrera organizada como agente histórico en la conquista de derechos políticos y sociales. En esa línea, en esa estela, con la formación añadida de su estancia en Heidelberg, y en aquel contexto en el que la renovación historiográfica iba consiguiendo dificultosamente abrirse camino, Carlos Forcadell defendió en 1977 su tesis sobre el movimiento obrero español en una etapa crítica y decisiva como lo fue la Gran Guerra, abordando el estudio de la estrategia del socialismo español y de sus escisiones en el marco europeo. Publicada con el título *Parlamentarismo y bolchevización*⁶, y prologada por Juan José Carreras Ares,

4. *Ibíd.*, p. 181

5. Alejandro Checa, «La búsqueda de la utopía. Noticias del Anarquismo bajoaragonés», *Andalán*, 6, 1 de diciembre de 1972, p. 16.

6. Carlos Forcadell Álvarez, *Parlamentarismo y bolchevización. El movimiento obrero español, 1914-1918*, Barcelona, Crítica, 1978.

se convertiría en referencia historiográfica y lectura obligada para los contemporaneístas en un contexto en el que la «historia social» contemporánea tuvo como eje central el «movimiento obrero», y en el que formó parte de un grupo de jóvenes historiadores que, atentos y sensibles a los déficits de la misma –con el sustrato común, también, de su disconformidad y oposición al régimen franquista–, abordaron diferentes temáticas, desde el reformismo socialista, el trotskismo del POUM, el radicalismo caballerista o el anarquismo.

A la par, en ese mismo y convulso marco de confluencia que fueron los años de la Transición desde una perspectiva política y los de una historiografía que comenzaba a manifestar importantes signos de cambio y vitalidad, las últimas décadas del siglo XVIII y las centrales del siglo XIX se convirtieron en objeto preferente de estudio. No fueron ajenos a ello ni los modelos historiográficos extranjeros que marcaron impronta –desde el marxismo británico a las contribuciones de los estudios sobre la Revolución de la mano de Ernest Labrousse o Albert Soboul–, ni el propio momento histórico que vivía España invitando al estudio de un pasado histórico en torno a los procesos de transición desde su doble perspectiva socio-económica y política. La disolución del Antiguo Régimen y las transformaciones económicas y sociales que acompañaron al establecimiento del régimen liberal se situaron ahora en el epicentro de la atención historiográfica. Ya integrado en el Departamento de Historia Moderna y Contemporánea de la Universidad de Zaragoza, al que se había incorporado en 1980 Juan José Carreras, Carlos Forcadell contribuyó notablemente a los avances de la temática, así como a la revitalización de la historia contemporánea regional aragonesa. Fue el momento en el que veía la luz *Tres estudios de historia económica de Aragón* que, firmado por Jaume Torras –quien fuera uno de los nombres ligados a la renovación historiográfica– Carlos Forcadell y Eloy Fernández Clemente⁷, vendría a constituir, en y desde la Universidad de Zaragoza, el punto de partida de los estudios sobre la disolución del Antiguo Régimen, el desarrollo de las relaciones de producción capitalistas y el establecimiento del régimen liberal. Fueron años en los que Carlos Forcadell dio muestra de una intensísima actividad productiva centrada fundamentalmente en el siglo XIX aragonés, entre la que destacaron sus numerosas contribuciones en torno a la cuestión agraria y la propiedad de la tierra, la evolución de la agricultura o la conformación de la burguesía urbana y agraria.

7. Jaume Torras, Carlos Forcadell y Eloy Fernández Clemente, *Tres estudios de Historia económica de Aragón*, Zaragoza, Dpto. de Historia Económica de la Facultad de CC.EE. y Empresariales, 1982.

Su producción formó parte, y fue también reflejo, de una historiografía española que había experimentado un intenso proceso de regionalización en el que los espacios regionales, comarcales o locales se habían configurado como el objeto histórico por excelencia. Si bien el volumen y la impronta que dejó la misma resultan de todo punto indiscutibles, dicha producción estuvo siempre acompañada –esencialmente guiada y nutrida– de un constante y necesario replanteamiento y reflexión crítica y teórica acerca de los caminos transitados por la historiografía contemporánea española, que siempre observó y abordó desde el conocimiento y atento seguimiento de la evolución de otras historiografías europeas y, por tanto, desde la obligada perspectiva en relación a las mismas.

Así –además de contribuir a los debates en relación a la necesaria renovación temática y metodológica de una historia del movimiento obrero hasta entonces focalizada o encorsetada en sus organizaciones, congresos o grupos dirigentes, suscitados a raíz de la publicación del conocido artículo firmado por Álvarez Junco y Manuel Pérez Ledesma⁸, y a los que siguieron en torno a los logros y límites de la historia social, resumidos metafóricamente como «desiertos» y «secanos»⁹–, sobre la aludida regionalización historiográfica, con referencias en perspectiva comparada a Francia (*Histoire régionale*) y Alemania (*Landesgeschichte*), reflexionaría mediados los ochenta¹⁰. Como lo haría tiempo después, atento siempre a la evolución de los estudios históricos, acerca de la fragmentación del objeto histórico, de la ausencia de visiones globales de la sociedad y del cambio social y político, y de la tensión entre la compartimentación y la síntesis, defendiendo la necesidad de no instalarse en un escéptico apartamiento de la comprensión global de los problemas y abogando por eludir los peligros derivados de los extremos, tanto del optimismo ante una situación más saludable, en cantidad y calidad, de lo producido, como del pesimismo, más o menos absoluto, en relación a que otros hicieran las cosas antes y, consecuentemente, mejor¹¹.

8. José Álvarez Junco y Manuel Pérez Ledesma, «Historia del movimiento obrero. ¿Una segunda ruptura?», *Revista de Occidente*, 12, 1982, p. 19-41.

9. Carlos Forcadell, «Sobre desiertos y secanos: Los movimientos sociales en la historiografía española», *Historia Contemporánea*, 7, 1992, p. 101-116.

10. Carlos Forcadell, «Historiografía regional y local en los siglos XIX y XX. Algunas reflexiones generales», en *Segundo Coloquio sobre Historia de la Rioja: Logroño, 2-4 de octubre de 1985*, Logroño, Colegio Universitario de la Rioja, vol. 2, 1986, pp. 251-260.

11. Carlos Forcadell, «La fragmentación espacial en la historiografía contemporánea: la historia regional/local y el temor a la síntesis», *Studia histórica. Historia contemporánea*, 13-14, 1995-1996, pp. 7-27.

II. El ejercicio de cátedra: la historia agraria

Carlos Forcadell dedicó su ejercicio de cátedra, titulado «Tierra y labradores en Aragón, 1850-1930», a profundizar en la historia agraria, lo que le exigió un seguimiento de la evolución de las superficies cultivadas desde comienzos del siglo XIX, la reconstrucción de las estructuras de propiedad y de las compraventas de tierras, la distribución del ganado y de los sistemas de transformación (bodegas, prensas, graneros, molinos), la atención a una pieza clave como el uso del monte público y del comunal, así como a sus procesos de privatización y roturación. Se trató de un exhaustivo estudio de la propiedad a partir de los amillaramientos y, con nuevas fuentes, de la dinámica de los patrimonios, del papel del Estado en la incorporación del cambio técnico agrario, sin olvidar la función del asociacionismo y del cooperativismo, todo ello enmarcado en unas concretas relaciones de poder que resultaba ineludible desentrañar¹². En definitiva, se abordaba el análisis de una sociedad rural más compleja que la esquematización teórica presentada en no pocas ocasiones, lo cual abría posibilidades de relectura de la política desde la historia social.

Forcadell logró contagiarnos a muchos su interés por la historiografía agraria, en buena medida porque esa inquietud conllevaba plantear una actitud problemática y reflexiva ante el conocimiento y un espíritu crítico ante las fuentes (y ante la realidad del momento). Era necesario redefinir con más precisión conceptos como «mercado» o «capitalismo», por lo menos en el contexto de la historia agraria; interesaba destacar que estábamos ante formas de producción no puramente capitalistas pero conservadas como tales en tanto que servían y ayudaban al desarrollo del capitalismo por medio de mecanismos básicos de extracción del trabajo campesino, que podrían sintetizarse en extracción por renta, a través del mercado y vía impuestos.

12. Carlos Forcadell, «La difusión de la pequeña propiedad campesina en Aragón durante el siglo XIX: estrategias campesinas hacia la propietarización», en *Antiguo Régimen y liberalismo: homenaje a Miguel Artola*, Madrid, Universidad Autónoma/Alianza Editorial, vol. 2, 1994, pp. 507-518; véase también, entre otros, Carlos Forcadell, «Aragón en el siglo XIX: del dominio religioso y nobiliario a la parcelación y pequeña explotación campesina», en Pegerto Saavedra y Ramón Villares (coords.), *Señores y campesinos en la Península Ibérica, siglos XVIII-XX*, Barcelona, Crítica, Consello da Cultura Galega, vol. 1, 1991, pp. 138-172 (con Ángela Atienza López); y íd., «La crisis finisecular en la agricultura interior: el caso de Aragón», en Ramón Garrabou Segura (coord.), *La crisis agraria de finales del siglo XIX*, Barcelona, Crítica, 1988, pp. 69-93 (en colaboración con Luis Germán Zubero).

III. La ampliación del campo de experiencia y la historia local

La ampliación del campo de experiencia del historiador siempre le ha parecido importante a Forcadell: cuanto más extenso y abarcador sea, más recursos para comprender situaciones históricas distintas, aun a costa de navegar en los estrechos límites de áreas de conocimiento afines y fronterizas, áreas que él nunca ha entendido como simples compartimentos estancos. Ahora bien, al mismo tiempo ha apostado por un enfoque de la historia contemporánea como fenómeno procesual comprensible desde una escala local, pero huyendo de las visiones localistas en tanto que fin en sí mismas. Sus textos intentan escapar a cualquier tentación de historia-mito y a la sacralización de unos determinados valores presentistas o localistas que se pretenden inmutables en el espacio y en el tiempo, sin fecha de caducidad, imperecederos. Más bien estos libros¹³ intentan participar, aunque a veces al propio interesado le cueste reconocerlo por modestia, del espíritu académico más auténtico: universalidad en los conocimientos sin perder la proximidad territorial y el apego a lo propio.

Más allá de los relatos de campanario, preocupados sobre todo por la anécdota y lo pintoresco, Forcadell ha estudiado localidades, territorios concretos o ciudades sin que la meta principal fuese analizar la localidad en sí misma sino, como señalase Clifford Geertz, estudiar problemas concretos, acciones, conflictos o experiencias *en* la localidad. Una historia local así concebida aspiraba a asemejarse a la forma de investigar que practicaban los microhistoriadores, los Lévi, Ginzburg o Banti, cuyas lecturas le resultan bien familiares a Carlos, o a varios *Alltagsgeschichten* alemanes, también seguidos de cerca. Puede que hoy haya quedado la microhistoria en un segundo plano (no debiera ser así), dado que las urgencias del presente, con la globalización de por medio, han vuelto a escorar la nave académica hacia la historia global y transnacional, pero nosotros siempre hemos considerado que, como nos ha enseñado Forcadell, la perspectiva microanalítica ofrece resultados bien significativos y trabajos de enorme calidad, independientemente de la escala de los mismos.

La nación-Estado se ha vuelto, en términos historiográficos, demasiado pequeña para los grandes problemas y demasiado grande para las pequeñas cuestiones locales. Las ideas arquetípicas sobre la nación pueden tener una base

13. Carlos Forcadell y Alberto Sabio (eds.), *Las escalas del pasado*, Huesca, UNED e Instituto de Estudios Altoaragoneses, 2005; o Carlos Forcadell y Alberto Sabio (eds.), *Paisajes para después de una guerra. El Aragón devastado y la reconstrucción bajo el franquismo (1936-1957)*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2008.

falsa, artificial o directamente inventada, como mostraron Benedict Anderson o Eric Hobsbawm, es decir, pueden estar mal cimentadas en relatos históricos sin fundamento, aunque ello a menudo no les reste carácter «performativo» (o deformativo) en la opinión pública. A menudo la respuesta ha sido la fragmentación espacial y lo local, temática sobre la que Forcadell ha reflexionado con detalle¹⁴. Él ha apostado, en su dilatada trayectoria, por una historia con nombres y apellidos, con sujetos sociales, con rostros, con ojos que veían y bocas que hablaban, partiendo de la base de que el agente humano tiene un protagonismo clave frente a la dinámica anónima de las estructuras. A través de esta historia a pequeña escala salen a la luz una serie de valores, emociones y afectos que aparecen silenciados en otro tipo de discursos históricos, al tiempo que se valora la descripción y la narrativa, pero con una mirada informada por las fuentes documentales y las teorías historiográficas.

Del microscopio al telescopio, Carlos Forcadell ha puesto también la firma a varias investigaciones sobre historia de las relaciones internacionales, de las cuales aquí tan solo subrayaremos el estudio del conflicto hispano-cubano-norteamericano (1895-1898), analizado a través de la correspondencia entre Cánovas del Castillo, Martínez Campos y el Ministro de Ultramar, Tomás Castellano, entre 1895 y 1897, es decir, durante la mayor parte de la guerra hispano-cubana hasta que, tras el asesinato de Cánovas y la formación de un gabinete presidido por Sagasta, este renovase el gobierno¹⁵.

Tomás Castellano Villarroya acumulaba en su persona ingresos confortables, respetabilidad social y una influencia política cada vez mayor como autoridad relacionada de forma eficaz con el poder central. Todo ello lo catapultó hacia la representación política en el Congreso de los Diputados y hacia la cartera de Ultramar a partir de 1895¹⁶. Romero Robledo se refirió a Castellano como el hombre que acompañó a Cánovas «hasta el momento funesto en que el plomo asesino cortó aquella preciosa vida»¹⁷. Tras la muerte de Cánovas, la referencia de liderazgo para Castellano fue el Duque de Tetuán y, a partir de 1903, Antonio Maura.

14. Carlos Forcadell, «La fragmentación espacial...».

15. Id., «El lúcido pesimismo del Gobernador General de la isla de Cuba: la correspondencia de Martínez Campos con el ministerio de Ultramar (junio de 1895-enero de 1896)», *Revista Universidad de La Habana*, n° 250, 1999, pp. 86-115.

16. Id., «El Gabinete Cánovas y la cuestión cubana: el archivo personal del Ministro de Ultramar Tomás Castellano (1895-1897)», en Antonio Morales Moya (dir.), *Los 98 Ibéricos y el Mar*, 5 vol., Madrid, Sociedad Estatal Lisboa'98, 1998.

17. *Diario de Sesiones del Congreso de los Diputados*, 4 de mayo de 1898.

La investigación de Carlos Forcadell mostró claramente hasta qué punto los dirigentes políticos y militares españoles estaban bien informados de la dimensión real del nacionalismo cubano, del ensanchamiento de sus bases sociales y de la desaparición del dominio español en Cuba, independientemente de la posterior intervención norteamericana. Evidenciaba lo cambiadas que estaban las cosas en la España ultramarina con respecto a la «Guerra de los Diez Años», y enfatizaba el papel de los movimientos anticoloniales en esas décadas de historia compleja. Sin embargo, la estrategia de Tomás Castellano (1850-1906), como la de todo el gobierno de Cánovas, pasaba por imaginar un escenario donde permanecían invariables en Cuba las condiciones de veinte años atrás, y algo tuvo que ver con esta esperanza la pronta designación de Martínez Campos para dirigir los asuntos políticos y militares de la isla. Pero el antiguo «pacificador de Zanjón» fue quien primero percibió, como ha mostrado Forcadell, la fortaleza y la difusión del nacionalismo cubano, hasta el punto de acabar convencido de que la victoria militar sobre la insurrección y sobre la sociedad civil cubana se adivinaba imposible.

Al ministro Tomás Castellano, empresario y líder del Partido Conservador en Zaragoza, siempre le transmitió Martínez Campos, capitán general en Cuba, una impresión ciertamente realista de la situación a la altura de 1895. Partidario de la negociación y de la autonomía para Cuba, de las tácticas conciliadoras y moderadas, Campos instó a Madrid a llegar a un acuerdo lo antes posible con los autonomistas cubanos, pero España no dio este paso hasta que fue demasiado tarde, ya sin Castellano al frente de Ultramar. En las antípodas de cualquier euforia, habitual en cierta prensa española de la época, y avisando de la previsible derrota que se avecinaba, Martínez Campos envía correspondencia privada al ministro Castellano donde se indica que «esta guerra es una ruina de dinero y de hombres (...). Hace años que he deplorado que el sentimiento patriótico de algunos individuos del gobierno hubiera impedido a D. Juan Prim la venta de este abismo de sangre española. Insulares y peninsulares, con corta excepción, todo lo piden, nada dan, hay tal vez una mayoría de hijos del país que, por su posición social, quisieran la continuación del dominio de España, pero son muy pocos los que lo quieren sinceramente, en su mayor parte lo que temen es Haití, lo que les espanta es la anarquía»¹⁸. Como ha mostrado Forcadell, expresaba con gran sinceridad Martínez Campos la verdadera tensión de los acontecimientos; cuando estas líneas escribió, en 1895, ya era un «padre de la Patria» que había presidido gabinetes ministeriales y mantenía laureada su fama tras El Zanjón,

18. Archivo privado Salas-Castellano, carta de 29 de junio de 1895.

es decir, su carrera política se encuentra desplegada en su totalidad, a punto de finalizar, lo que sin duda influyó en la mayor libertad de sus opiniones y en su criterio más independiente.

Forcadell estudió las abundantes sugerencias y reflexiones personales de Martínez Campos como arqueólogo de sí mismo, en íntimo recorrido por sus galerías interiores: «¿no habrá hecho la edad decaer mis facultades intelectuales como ha disminuido las físicas? Los viejos podemos juzgar a los demás, pero pocas veces admitimos nuestro propio decaimiento. Fundado en esta consideración, aunque estoy útil todavía físicamente, puedo estar decaído intelectualmente o haber perdido la energía que este tiempo reclama. Si así lo juzgase la opinión o el gobierno, no vacilen en relevarme, mi deber es servir y no ser obstáculo»¹⁹. O, en un telegrama de principios de 1896, Martínez Campos duda si sirve para esto: «Mi amor propio me dice que lo hago mal, pero que otro lo haría peor. Hago lo que sé con completa calma. Paréceme que los ídolos actuales son Weyler y Pando para gran parte de los constitucionales, pero no opinan así autonomistas ni reformistas. Los chismes y embustes abundan. Tengo una calma infinita, Campos». En el fondo, transmitía a Tomás Castellano el escaso convencimiento en una solución militar y, a medida que avanzaba 1896, incluso desconfía de las posibilidades de negociación política, lamentando que no hubiera salido adelante «el antiguo proyecto de Prim de vender a los Estados Unidos». En todo caso valía la pena ensayar soluciones autonomistas y así se lo expresa a Tomás Castellano: «como debo ser sincero, creo que la autonomía cortaría cada mes la insurrección» o, en otra carta sacada a la luz por Forcadell, «las reformas eran imprescindibles y, acordadas en la paz, no tenían el carácter de concesión arrancada»²⁰. Acaba resignado ante los obstáculos ingentes para alcanzar un objetivo casi imposible: «Es más fácil ahora unir el cielo a la tierra que a constitucionales y reformistas; es más fácil aunar a dos locos que tengan la misma manía que conseguir acallar las rivalidades»²¹. A la postre quedaron demostradas las agudas valoraciones de la realidad social cubana emitidas por Martínez Campos, quien acabaría poniendo su cargo a disposición del Gobierno porque «como representante de una nación culta, yo tengo creencias y son superiores a todo y me impiden los fusilamientos y otros actos análogos». En las primeras semanas de 1896 recibiría Martínez Campos su telegrama de cese desde Madrid.

19. Archivo Salas-Castellano, carta de 9 de junio de 1895.

20. Archivo Salas-Castellano, carta de 16 de septiembre de 1895.

21. Archivo Salas-Castellano, carta de 18 de septiembre de 1895.

IV. De «andalanes» y compromisos

En estrecha relación con el pasado siempre está el presente desde el que la historia se mira y se hace. Marc Bloch ilustraba con acierto esta idea distinguiendo al anticuario, apegado a los objetos del pasado, del verdadero historiador, quien para serlo debía estar inmerso en su presente. Maestro e inspirador de historiadores de varias generaciones, más allá de su trabajo académico, Carlos Forcadell destaca también en su faceta de intelectual comprometido, siempre atento a su tiempo, muy alejado del «intelectual melancólico» que describe Jordi Gracia y al que «solo le gusta ya releer a los clásicos»²². A este respecto, resultan muy numerosas las colaboraciones de Forcadell en prensa, sus opiniones comprometidas, incluso con el seudónimo de Alejandro Checa en *Andalán*, cuando corrían tiempos dictatoriales, en consonancia con un estado de queja arraigado en determinados sectores de la sociedad española, aunque no en tanta gente como hoy nos pueda parecer. Una vez superados los anacronismos más retóricos de postguerra, latía la estulticia ideológica de los representantes del último franquismo y los intentos de socializar la dictadura durante sus últimos años a través del control de unos medios de comunicación que imponían una visión maniquea del pasado. Frente a la habitual prensa acartonada y encubridora, que solía utilizar estrategias tejidas a base de información aparentemente neutra y simplista, mensajes repetitivos, costumbrismo conformista y recurso a la emoción para reforzar la aceptación de la jerarquía, *Andalán* salía del silencio y de la inacción ante la conculcación de derechos y libertades. El nuevo quincenal aragonés, nacido en 1972, se dio cuenta de que por represión podía entenderse también la falta de información real. En este sentido, varios artículos de Carlos Forcadell padecieron la censura: así, los números 44 y 45 de *Andalán*, correspondientes a julio de 1974, fueron secuestrados por ser declarados «propaganda ilegal». La querrela del Ministerio Fiscal fue motivada por los siguientes artículos: «Emoción, tristeza y rabia», firmado por Forcadell; «La batalla de Teruel», de Eloy Fernández Clemente; y «Nótulas políticas», suscrito por Poleñino, uno de los seudónimos de José Carlos Mainer. En el número 46 levantó susceptibilidades policiales otro artículo de Forcadell, esta vez titulado «Grecia también» y, en el 47, «Ricardo, corazón de ladrón», «donde el autor ataca despiadadamente al expresidente Richard Nixon», según el informe policial de turno. Años más tarde llegaron las «radiografías políticas» de Forcadell en *El Día de Aragón*, nuevo espacio donde expresar su pasión por la

22. Véase Jordi Gracia, *El intelectual melancólico. Un panfleto*, Barcelona, Anagrama, 2011; e Ignacio Sánchez Cuenca, *La desfachatez intelectual*, Madrid, Catarata, 2014, p. 57.

política y de ofrecer una perspectiva crítica sobre el poder y las instituciones. Entonces, como hoy, Forcadell manifestaba la idea de que la política y la democracia siempre defraudan un poco, pero, convencido de su necesidad, en este terreno siempre se ha mantenido alejado de posturas antipolíticas e incrédulo ante la supuesta disolución de la frontera entre izquierda y derecha.

V. Docencia y Academia

No menos significativa ha sido su trayectoria como docente. Como se ha señalado, Carlos Forcadell se incorporó como docente al entonces Departamento de Historia Contemporánea en 1982, a cuyo frente, desde enero de 1981-y tras la dilatada dirección de Carlos Corona Baratech a lo largo de 16 años (1965-1981)-, se hallaba Juan José Carreras Ares. La universidad española había dejado de ser ya el reducto de unos cuantos «privilegiados» y había visto crecer su número de alumnos cuando, en agosto de 1983 –tras el triunfo del PSOE en las elecciones del año anterior–, era aprobada la Ley de Reforma Universitaria con el objetivo de hacer realidad la modernización de las estructuras académicas y organizativas, de los sistemas de representación, y de los mecanismos de producción y difusión del conocimiento. Si bien el viejo y anacrónico modelo elitista y jerárquico de universidad estaba caduco a todas luces, la labor que quedaba por delante –y lo era estructural– no era fácil, habida cuenta de la larga sombra, de la pesada losa de herencias y de las muchas «presencias» que dejaba tras de sí el franquismo en la institución universitaria.

En aquel contexto, la labor de Carlos Forcadell en la configuración del departamento –que desde 1984 pasó a ser de Historia Moderna y Contemporánea–, y en la innovación y revitalización de la docencia resulta de obligado reconocimiento. En este último sentido, quienes fuimos sus discípulos y nos formamos en aquellos años en la Facultad de Filosofía y Letras podemos rendir cuenta de las profundas huellas que ha dejado su magisterio. En la generación de jóvenes estudiantes de Historia que fuimos, cuando todavía se sufría el caduco magisterio de catedráticos a la «vieja usanza» basado en la mera, simple, rancia y empobrecedora repetición/transcripción de sesiones magistrales –condición *sine qua non* para aprobar la asignatura–, sus clases supusieron una verdadera inyección de «aire fresco» por su forma de enfocar una práctica docente universitaria basada en el constante cultivo, invitación e incitación a la reflexión a la que, por otra parte, obligaban también unos extensos dosieres que, recogiendo los últimos y principales aportes historiográficos y una cuidada selección de documentos y textos, estaban fabricados y pensados para ser discutidos en el aula. No menos innovadora resultó la práctica –tan absolutamente inusual por aquel entonces

como costosa debió resultar para él dado el nutrido número de alumnos—, de realizar exámenes orales en los que Carlos Forcadell no perdía la ocasión de dialogar con el alumno en torno a las cuestiones planteadas. Su compromiso con la docencia ha quedado igualmente resumido para sus alumnos en una fotografía compartida: la de un despacho que permanecía siempre con la puerta abierta y en el que trabajaba hasta las últimas horas de la tarde. No resulta extraño explicar y comprender cómo, gracias a su magisterio, no pocos de sus alumnos se hayan decantado definitivamente, como nosotros lo hicimos, por la Historia Contemporánea.

No menos destacable ha resultado su fecundidad en la dirección de equipos y proyectos de investigación: a lo largo de los últimos veinte años ha sido investigador principal de seis proyectos, los cuales han sido, por su concepción y por los resultados cosechados, una buena muestra de la evolución de la historiografía, abordando temáticas desde la evolución de la propiedad de la tierra tras las reformas liberales en áreas de la España interior, a las redes de poder y control social, pasando por los usos públicos de la historia y las culturas políticas. A ello es obligado sumar la veintena de tesis doctorales dirigidas, entre ellas las nuestras propias, y un estilo de dirección con sus doctorandos que, alejado de tentaciones a sumisiones o servidumbres, también de paternalismos, siempre estuvo basado en una relación de respeto y apoyo a la independencia, y de confianza mutua.

VI. Las redes que construyen la historia: tesis, asociacionismo profesional e instituciones de cultura

Una de las facetas fundamentales en la trayectoria de Carlos Forcadell como historiador ha sido su capacidad para ir tejiendo redes. Unas veces académicas, otras institucionales, pero siempre manteniendo el criterio de elevar la labor historiográfica por encima de la acción individual y de la aportación aislada. Esta característica es visible en muchos ámbitos, pero son tres los que, llegado este momento, convendría señalar. El primero, sobre una base académica, es la dirección de tesis doctorales. El segundo, su actividad al frente de la Asociación de Historia Contemporánea y, en tercer lugar, la dirección al frente de la Institución Fernando el Católico.

1. *Un proyecto doctoral*

En sí misma la dirección de tesis no tiene porqué ser una labor coherente. En general, al estar vinculada a la labor docente y depender del marco de promoción institucional de la investigación, el ritmo y las temáticas que concluyen ante un

tribunal con el acto académico de la defensa está ampliamente marcado por la coyuntura. Por eso es especialmente significativo que en las tesis dirigidas por Carlos Forcadell puedan identificarse con facilidad unas líneas maestras cohesionadas en torno a un plan de investigación si no explícito, por lo menos reconocible.

Hasta 2014, entre tesis dirigidas y aquellas otras en las que ha actuado como ponente, Carlos Forcadell ha guiado y llevado a buen puerto 20 tesis doctorales. En el período 1989-2002, todas las investigaciones dirigidas defendidas como tesis podrían ser agrupadas en torno a dos ejes principales.

El primero de ellos se encuentra en la historia social y política, con especial énfasis en la forja del estado liberal. Aquí podemos señalar investigaciones como las de Carmen Frías, *Liberalismo y republicanismos en el Alto Aragón (1868-1898). De la revolución a la integración en el sistema caciquil de la Restauración* (1991), Pedro Rújula, *Rebeldía campesina y guerra civil en Aragón* (1994), Montserrat Serrano, *La Restauración en Zaragoza 1875-1907* (1997) o José Luis Ollero, *Práxedes Mateo Sagasta y el estado liberal burgués: progreso, política y negocios* (2002)²³. En los últimos años puede apreciarse un deslizamiento cronológico hacia las primeras décadas del siglo XX con trabajos dedicados al asociacionismo agrario –Gloria Sanz Lafuente, *Organización y movilizaciones agrarias en Aragón 1880-1930* (1999)– y, sobre todo, a la guerrilla antifranquista –Mercedes Yusta Rodrigo, *La resistencia a armadas contra el régimen de Franco en Aragón 1940-1952* (2000)–.

El segundo de los ejes fue el cambio económico y social en el valle medio del Ebro durante la transición al Mundo Contemporáneo. En esta línea encontramos tesis como la de José Ignacio Iriarte, *Privatización, particularización y gestión de los montes públicos en Navarra (1855-1935)* (1995, ponente), la de Alberto Sabio Alcutén, *Relaciones de propiedad, mercados agrarios y poder local en la sociedad rural aragonesa. La agricultura cerealista de las cinco villas, 1850-1930* (1995), la de Miqueas Lana, *Cambio agrario y relaciones de propiedad en el sur de Navarra, 1800-1936* (1997) o la de José Ramón Moreno, *La economía de montaña en La Rioja a mediados del siglo XVIII* (1999, ponente)²⁴. La mayoría de ellas eran investigaciones

23. Dentro de este ámbito de investigación podrían situarse también las tesis de Manuel Ardid Lores, «La reacción conservadora en la provincia de Zaragoza durante la II República» (1990); José Vicente Iriarte Areso, «Movimiento obrero en Navarra durante el franquismo (1950-1977)» (1990); Francisco Zaragoza Ayerza, «La burguesía zaragozana durante la época isabelina» (1992); y la de José Estarán Ibáñez, «Los orígenes del catolicismo social en Aragón: ideología y organización» (1993).

24. En esta línea cabe tener en cuenta también las de Pilar ErdozainAzpilicueta, «Economías domésticas campesinas en la Navarra Media occidental 1850-1950» (1996) (ponente); Agustín Sancho Sora, «La fundición Averly de Zaragoza 1880-1930. Producción y mercado» (1996); y la de Ignacio Barrón García, «Economía y sociedad en Cantabria. La época de la Restauración» (1989).

impulsadas desde el área de Historia Económica de la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales de la Universidad de Zaragoza, que por entonces reclutaba muchos de sus investigadores en las filas de los licenciados en Historia.

Entre la lectura de la última de estas tesis y la siguiente transcurrió una década completa sin nuevas investigaciones que culminaran ante un tribunal de doctores. Entre tanto se habían producido importantes cambios en el Departamento de Historia Moderna y Contemporánea de la Universidad de Zaragoza, el más notable de ellos fue la desaparición en 2006 del profesor Juan José Carerras, cuya influencia sobre amplios ámbitos del departamento era manifiesta. La ausencia de quien era reconocido como uno de los principales especialistas en historia de la historiografía española sirve para explicar que su discípulo directo asuma la responsabilidad de continuar la promoción de estos estudios en el seno del departamento. En esta última etapa cristalizaran tesis cuyos enfoques combinan la historia cultural con los contenidos historiográficos. Es el caso de las investigaciones de Mauro Vega Bendezú, *Discursos y representaciones de la alteridad social en la construcción del Estado nacional. Colombia, 1880-1930* (2012), Luis Gonzaga Martínez del Campo, *Business Spanish. La enseñanza del español en Inglaterra durante la primera mitad del siglo XX* (2014) o la de Gustavo Alares López, *Las políticas del pasado en la España franquista (1939-1964). Historia, nacionalismo y dictadura* (2014).

2. *Asociacionismo profesional: la Asociación de Historia Contemporánea*

En 1989, reflejo de los importantes cambios que se habían producido en el panorama del contemporaneísmo español, surge la Asociación de Historia Contemporánea (AHC)²⁵. El proyecto asociativo, creado para «estimular y promover la enseñanza, la investigación y la publicación periódica o no de temas relacionados con las disciplina, así como contribuir a la preservación de todo tipo de fuentes históricas y en general impulsar cuantas actividades contribuyan a la realización de su finalidad», ha terminado siendo, después de dos décadas y media de andadura un agente fundamental en el desarrollo profesional de la Historia Contemporánea española. Heredera del espíritu de los Encuentros de Pau y continuadora de la mejor historiografía profesional desarrollada en el seno de la Dictadura, la AHC se consolidó a través de sus encuentros científicos bienales y de la edición de una publicación periódica, la revista *Ayer*, cuyas páginas refle-

25. Fue registrada el 12 de mayo de 1989. Véase Miquel Marín Gelabert, «Orígenes y primeros años de la Asociación de Historia Contemporánea», *Ayer*, 92, 2013, pp. 239-250.

jan, en su más de un centenar de números, el devenir del contemporaneísmo de estos años. Juan José Carreras y Carlos Forcadell se encuentran en la asociación desde antes de su fundación contribuyendo a las labores previas de definición intelectual del proyecto y discusión del modelo. Reflejo de ello, cuando se forme en Madrid la primera junta presidida por Miguel Artola, con Juan Pablo Fusi y Ramón Villares como vicepresidentes, María Jesús Matilla y Teresa Carnero, en funciones de secretaria y tesorera, Carlos Forcadell formará parte, junto a Francisco Bonamusa, Manuel González Portilla y Antonio Rodríguez de la Heras de los vocales de la asociación.

Desde entonces su contribución a la vida interna de la asociación ha sido continua. En los primeros tiempos como parte del grupo fundador, bajo las presidencias de Miguel Artola (1990-1996), Ramón Villares (1996-2002) y Pedro Ruiz (2002-2006). En particular, con su entrada de nuevo en la junta directiva en el año 2000, asumió el encargo de organizar en Zaragoza el Congreso anual de la asociación dos años más tarde bajo el título: «Los usos públicos de la Historia». Y, a partir de 2006, mediante su propia gestión como presidente de la asociación hasta 2014, siendo quien ha asumido esta responsabilidad durante más tiempo. A lo largo de este período presidió cuatro juntas directivas en las que se combinarían 14 miembros diferentes procedentes de 9 universidades, a saber, las autónomas de Madrid y Barcelona, la de Cantabria, Castilla la Mancha, Granada, Salamanca, Sevilla, Valencia y el País Vasco, intentando siempre, como dijo en la defensa de su candidatura, «garantizar un equilibrio generacional y una representatividad de comunidades historiográficas»²⁶.

Durante los años en los que Carlos Forcadell ha presidido la AHC se celebraron cuatro congresos bienales, los de Murcia, Santander, Granada y Madrid. Desde el primero de ellos se puso en práctica una nueva forma de organización, más abierta y participativa, articulada en torno a sesiones y talleres. Además se celebró el I Congreso de Jóvenes Historiadores, que tuvo Zaragoza como escenario, al que siguieron los de Granada, Vitoria y Valencia, y se estableció el premio a las tesis doctorales «Miguel Artola». También tuvieron lugar importantes cambios en el ámbito organizativo. Así, en 2008, fueron aprobados unos nuevos estatutos para adaptar el funcionamiento de la asociación al marco legal vigente. Desde entonces las asambleas pasaron a tener una periodicidad anual. Además, se diferenció la junta directiva del consejo de redacción de la revista *Ayer*. Esta medida reflejaba los esfuerzos de la publicación por adaptarse a los estándares

26. Acta de la VIII asamblea de la Asociación de Historia Contemporánea, Vitoria, 21 de septiembre de 2006. https://www.ahistcon.org/PDF/reuniones/2006/Acta_Asamblea_2006.pdf

de calidad, lo que se vio reflejado en el ascenso de posiciones en todos los rankings y el reconocimiento como una cabecera fundamental en el campo de la Historia Contemporánea española. La pujanza de la asociación durante este período se pone de manifiesto tanto mirando al interior, donde el número de socios creciente alcanzó los 700, como hacia el exterior, donde la AHC era requerida para formar parte del jurado el Premio Nacional de Historia.

3. *Gestión cultural: la Institución Fernando el Católico*

Finalizaba el año 2006. La legislatura estaba muy avanzada cuando Carlos Forcadell fue nombrado director de la Institución Fernando el Católico tras unos meses en los que el puesto había estado vacante. La Institución, que es como suele nombrarse de manera abreviada por aquellos que la conocen, es un organismo autónomo de la Diputación Provincial de Zaragoza, que por entonces presidía el socialista Javier Lambán. Nacida seis décadas atrás, en 1943, como un «servicio de alta cultura aragonesa» bajo la influencia política de Falange, así seguiría, con vaivenes, hasta finales de la dictadura cuando, con la dirección del escritor y poeta Ildefonso Manuel Gil, y más tarde con las de los profesores Guillermo Fatás y Gonzalo Borrás, asumió el reto de adaptarse al nuevo marco democrático. La Institución siempre había tenido un vínculo muy directo con la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Zaragoza, lo que explica que hubiera cumplido bien con su dedicación a la alta cultura dentro del espacio aragonés. En esto Forcadell no tuvo que intervenir mucho, porque la relación entre la IFC y la Universidad de Zaragoza era muy amplia y se encontraba sólidamente instalada sobre apoyos institucionales –las cátedras–, editoriales –edición de monografías y revistas– y organizativos –cursos anuales–.

A su llegada a la dirección de la IFC, Forcadell esbozó algunas líneas de trabajo sobre las que proponía concentrar la actividad. Si, de un lado, confiaba en poder «combinar tanto factores de cambio como criterios de continuidad», de otro, consciente del prestigio ganado por la Institución, planteaba proyectarlo hacia delante actualizando las actividades de la Institución y adaptándolas a las nuevas realidades. También se manifestó a favor de «abrirse a nuevas prácticas culturales y a nuevos modos de colaboración con organismos públicos y privados». Finalmente, decía, mantenía como norte de su gestión el papel de servicio público que está en los orígenes de la Institución²⁷.

27. Sesión ordinaria del Consejo Rector de la Institución «Fernando el Católico», el 18 de enero de 2007. <http://ifc.dpz.es/recursos/institucion/documentos/ConsejoRectorActa02.pdf>

Si entramos en la labor de gestión, los números son abrumadores. Durante los nueve ejercicios que ha completado al frente de la Institución, el número de títulos publicados asciende a 667, los cursos, congresos y coloquios celebrados han sido 290 en los que han participado cerca de 10.000 personas, y el número de becas y premios concedidos suma 104. Durante este tiempo las cátedras han permanecido constantes –16–²⁸ igual que el número de las revistas científicas publicadas –10–²⁹

Las líneas características de su gestión al frente de la Institución se encuentran en el alto ritmo de producción editorial –con ejercicios en que se acerca a los 90 títulos– y el importante incremento de los cursos y encuentros científicos que han hecho de la institución un lugar de referencia intelectual en diversas disciplinas. Especialmente visible resulta este aspecto en el campo de la Historia. En este dominio, bajo su impulso han sido creadas colecciones destacadas de historia de la historiografía –Historiadores Aragoneses– o de tendencias historiográficas actuales, como la colección Historia Global, donde se han publicado traducciones de importantes obras como las de Lutz Raphael o Herman Paul, además de ofrecer títulos relevantes en español sobre cuestiones como el revisionismo o la biografía. En la misma dirección, en 2009, fue creado el Seminario Permanente de Historia de la Historiografía española «Juan José Carreras» cuya actividad se ha mantenido mediante encuentros internacionales de periodicidad anual. Y todo ello, teniendo que hacer frente a una coyuntura en que las instituciones públicas de cultura han sufrido con severidad los efectos de la crisis³⁰.

Al acceder al puesto de director de la Institución Fernando el Católico Carlos Forcadell había manifestado que consideraba su nombramiento como «un reconocimiento personal y profesional»³¹. Después del tiempo transcurrido, en el que han pasado por la diputación provincial zaragozana tres presidentes distintos, con cambios de signo político de la mayoría en esta corporación³², aquel reconocimiento se ha visto reforzado por el consenso que ha generado su labor de gestión al frente de esta institución cultural.

28. Las cátedras a su llegada eran las de Relaciones Internacionales, Emblemática, Arqueología, Arte, Literatura (2), Geografía, Filología Aragonesa, Lingüística, Derecho Civil, Música Medieval, Economía, Arquitectura, Derecho Administrativo, Zaragoza, Historia.

29. Son estas: *Iusfugit*, *Palaeohispanica*, *Caesaraugusta*, *Nassarre*, *Revista de Derecho Civil Aragonesés*, *Archivo de Filología Aragonesa*, *Éntasis*, *Ciencia Forense*, *Emblemata*, y *Jerónimo Zurita*.

30. Las referencias a reducciones presupuestarias se traslucen en las actas del Consejo Rector a partir de 2011 <http://ifc.dpz.es/institucion/consejo_rector>.

31. «Carlos forcadell llega con aires renovadores a la IFC», *El Periódico de Aragón*, 28 de diciembre de 2006.

32. Javier Lambán (1999-2011), Luis María Beamonte (2011-2015) y Juan Antonio Sánchez Quero (2015).

Después de todo

Llegados a este punto, y con la perspectiva que da el tiempo trascurrido, el trabajo de Carlos Forcadell en el campo de la historia destaca por su coherencia en los distintos campos historiográficos que ha explorado y por su concepción de la Historia como una empresa colectiva. Coherencia, en la medida que sus líneas de trabajo se han mantenido en el tiempo y se han alimentado unas a otras generando espacios fértiles de reflexión. Ya sea la historia social, la historia de Aragón, la historia económica o la historia de la historiografía, en todos los campos se ha mantenido en continuo diálogo con los problemas presentes de la disciplina. Y concepción colectiva del trabajo del historiador, porque siempre ha participado de las corrientes que han impulsado la historiografía española desde los años 70. Bien como participante, bien como impulsor de iniciativas, su presencia y activismo han sido relevantes para comprender la evolución de la disciplina a lo largo de cuatro largas décadas. Valga esta oportunidad, tal vez algo forzada por una circunstancia administrativa que, seguramente, poco afecta al historiador, para recapitular sobre toda esta contribución.

Los historiadores tenemos hoy nuevos instrumentos de investigación, en una época en que la revolución digital resulta imparable, pero entre las funciones del oficio sigue estando la reconstrucción crítica del pasado y el compromiso con el presente. Mantener el equilibrio entre el retorno al individuo y la atención a las estructuras y a las circunstancias ha figurado en el frontispicio del devenir profesional de Carlos. Al historiador, en puridad, le corresponde también subrayar cuestiones políticamente incorrectas o no demasiado metabolizables por los poderes políticos, económicos o culturales («cepillar la historia a contrapelo», como le gusta decir a Forcadell); y buscar en el pasado evidencias de que el orden podría haber sido diferente, de que la realidad podría ser distinta para no entregarnos absolutamente a la instalación en el presente. En eso Forcadell, como en tantas otras cosas, ha sido un verdadero maestro que, desde la vocación, la profesionalidad y la sabiduría, siempre acompaña en el camino, da consejos discretamente, corrige con sutileza, refuerza y se preocupa. Gracias por tantos años de dedicación.

